



Isabel Martínez, Bon Pastor

Recuerdos de la guerra y de la posguerra

Me llamo Isabel Martínez Requena y soy nacida en Sorbas, provincia de Almería. Cuando tenía un año de vida, mis padres viajaron a Barcelona y se quedaron a vivir allí. Con dos años, vinimos a vivir al barrio del Buen Pastor (Barcelona).

De la República no me acuerdo de mucha cosa, era pequeña. Lo que más recuerdo es la escuela, que era espaciosa, nueva y con unos grandes patios, con muchos árboles.

Los profesores nos enseñaron muy bien y aprendí mucho, me encantaba ir a la escuela. Vino la guerra Civil en el año 1936; tenía 8 años y acababa de hacer la primera comunión, y también se acabó la escuela.

La guerra Civil fue muy dura.

Teníamos a mi abuela, que tenía mucho miedo. Mis padres buscaron refugio debajo de las montañas, y llevamos allí los colchones para dormir. Durante el día mi abuela se quedaba sola; nosotros, que éramos cuatro hermanos, íbamos por la noche y nos quedábamos a dormir con ella, y le llevábamos la comida.

Mi hermano mayor y yo, durante el día, íbamos a unos cuarteles que había en San Andrés del Palomar, con una olla cada uno. Saltábamos la tapia para que nos dieran comida, y llevábamos a casa las dos ollas llenas.

Cuando acabó la guerra, vino la posguerra, que fue mucho peor que la guerra.

Y vino el hambre. Suerte que tuve una madre muy emprendedora, que empezó a ir por los pueblos de Tarragona a buscar comida, aceite, vino, avellanas, almendras, etc. Con el aceite y el vino hacíamos un intercambio con un señor: nos daba albarcas y mi madre se las llevaba a los payeses y, a cambio, conseguía el aceite y el vino.



Las avellanas, mi madre me las hacía vender en papelinas en la plaza Comercio de San Andrés del Palomar.

En mi casa las cosas empezaron a ir mal y a mi padre le dio por beber. Lo poco que ganaba lo necesitaba para él. Tuvimos que ir al auxilio social que había en San Andrés, donde daban comida. Pero como no teníamos tarjeta, íbamos con la olla y nos daban las sobras que no querían los que tenían tarjeta. Se tenía que hacer mucha cola, a veces más de una hora, y ¡eso que eran las sobras!! También iba al mercado y cogía las hojas verdes que tiraban, de col, coliflor etc.

Mi madre se puso a limpiar casas en Barcelona. Nos dejaba solos; nuestro desayuno era un puñado de algarrobas, hasta las cuatro de la tarde, que abrían la panadería y nos daban la barreta de pan que nos tocaba; nos la comíamos con un poco de aceite hasta la noche, que mi madre hacía un potaje, con las hojas verdes y poco más, y esa era nuestra cena.

La señora para quien trabajaba mi madre, al decir que nos dejaba solas, nos colocó en un colegio que había en la calle Aragón, al lado de la iglesia de la Concepción, donde nos daban de comer. No había autobús y teníamos que ir andando de casa hasta la plaza Comercio, y allí cogíamos el tranvía 40 y nos bajábamos en la calle Trafalgar, y de Trafalgar cogíamos Roger de Lauria, caminando hasta la calle Aragón, donde estaba la escuela. A las 9 de la mañana, tanto con frío como con calor, puntualmente estábamos allí. Aprendí mucho en ese colegio, tengo muy buenos recuerdos. Nos daban muy bien de comer y, cuando acabábamos la escuela, nos venía a buscar mi madre y nos íbamos con ella. Al trabajar mi madre en la zona y nosotras estudiar, mi madre consiguió trabajo de dependienta en el mercado, y mi hermana y yo también.

El barrio del Buen Pastor estaba lleno de campos plantados. Como teníamos hambre, mi hermano y yo, por la tarde, íbamos a ver lo que podíamos coger para comer: lechugas, tomates, zanahorias, etc. Mi madre no quería que lo hiciéramos y nos reñía y procurábamos que, para cuando ella venía por la noche, ya habíamos acabado con todo, para que no se diera cuenta de nada. Con el tiempo, fuimos mejorando un poco nuestra situación y ya nos habíamos hecho un poco más mayores. Nos pusimos a trabajar, yo con 14 años y mi hermana con 12.

Y estos son mis recuerdos.